R-773002

Conocimientos para la VIDA PRIVADA

V. SUÁREZ CASAÑ

EL AMOR LESBIO

SUMARIO

Antecedentes.—1.° Origen del nombre de amor lesbio ó amor sáfico. Safo. Sus discípulas.—2.° Amor lesbio en Grecia. Amor lesbio en Roma.—Más datos históricos.—3.° Las damas de la corte de Luis XVI. María Antonieta. Varias anécdotas curiosas.—4.° Existencia en la actualidad de esta vergonzosa aberración. Causas que la motivan. Influencias que la desarrollan.—5.° Desarrollo del Clítoris. Ninfomanía. Libertinaje.—6.° Consecuencias funestas. Enfermedades. Consideraciones morales. Resumen.

Décima edición ilustrada

2 Reales

10754

CASA EDITORIAL MAUCCI
Consejo de Ciento 296, Barcelona

EL AMOR LESBIO



Safo.

BIBLIOTECA NACIONAL
COMIN
1975
MADRID

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona

Existe en las mujeres una aberración vergonzosa, digna hermana de la pederastia en los hombres, conocida con el nombre de «amor lesbio» ó «amor sáfico.»

El vulgo, con sátira punzante y grosera, pero gráfica, ha bautizado á las deepreciables criaturas manchadas con este vicio, con un nombre vulgar y conocido de todos, que por esta razón nos creemos excusados de estampar en el papel.

Como se verá más adelante, esta perversión de los sentidos no es invención moderna, pero si nació al calor de una teogonía impura, hoy amenaza corromperlo todo, en el seno mismo de la sociedad cristiana.

Hay que alzar la voz contra esta vergüenza que conspira contra la moral, contra la familia y contra la salud individual.

Queremos creer, y así debe creerse piadosamente

pensado, que muchas de las aberraciones que se cometen, se cometen más por ignorancia que por maldad.

El amor lesbio es quizá, entre todas, á la que mejor puede aplicársele este principio.

Efectivamente, las niñas reciben una educación moral bastante deficiente. Se las enseña, no á guiar honestamente sus sentimientos naturales, sino á ahogarlos en el fondo de su pecho como verdaderos crímenes. Esto las hace hipócritas, falsas y reservadas, de ningún modo insensibles á los gritos de la carne que despierta, valga la frase, á los apetitos sexuales.

Se enseña á las jóvenes á bajar los ojos ante los hombres, á disimular sus emociones, á mirar como un pecado lo que ha sido instituído por el mismo Dios, el amor de los sexos..

Ahora bien, la joven que siente en todo su sér el fuego abrasador de la juventud y cree que no puede confiarlo sin rubor, ni á su madre ni á los ecargados de su educación, busca en una confidente de su edad y de su sexo, la expansión que necesitan sus impetuosos sentimientos.

La confidenta á su vez ábrele su pecho y ambas se pintan mútuamente, con los más vivos colores, todo lo que sienten, todo lo que piensan, todo lo que desean. La más íntima confianza se establece entre las dos; cuando están á solas se exaltan una á

la otra con sus palabras de fuego, ambas investigan juntas lo desconocido y su confianza, su peligrosa intimidad, sus confidencias llegan á traspasar los límites del pudor. Entonces nacen poco á poco y de una manera insensible esas pasiones bastardas que comienzan por una travesura, por un juego ó una condescendencia y acaban avasallando todo otro instinto y convirtiéndose en imperiosa necesidad y en insaciable obscenidad.

La ignorancia de una moral bien dirigida, háce-las creer en un principio, que ningún mal encierra aquel proceder, puesto que ningún peligro trae consigo, aparente al menos, ya que se trata de una persona del mismo sexo, etc., y esta ignorancia arrastra á la niña, muchas veces al más desenfrenado y repugnante amor lesbio.

La ignorancia de los padres y de los tutores no es menos peligrosa, pues juzgando con demasiada ligereza ó confianza, no ven en la *amistad* de dos amigas, ningún peligro para la moral.

¡Qué riesgo pueden correr dos muchachas por quererse mucho, dormir juntas y besarse en la bocal

Muchas veces es una mujer de cierta edad la que seduce á una niña y la enseña los misterios del amor sáfico.

Más adelante estudiaremos las causas y las influencias que desarrollan tan asqueroso y degradante vicio, aquí solo queremos hacer ver que el mal exis-

te y que hace falta conocer su historia, su desarrollo y progreso, las conformaciones físicas que pueden determinarlo, las consecuencias funestas que trae consigo y los perjuicios que á la sociedad acarrea.

El conocimiento exacto de todo esto, hará menos confiados á los padres de familia, á los tutores y los encargados de la educación ó la custodia de las jóvenes; apartará, ¡ojalá! á alguna infeliz incauta de las asechanzas del vicio.

No es otro nuestro propósito.

Todas las vergüenzas del libertinaje, viven á la sombra del pudor de los demás.

Todos tienen *pudor* de mentarlas, la honestidad y la decencia rechaza hablar de ellas y este silencio y este abandono, es lo que los vicios necesitan para vivir tranquilos en medio de la sociedad y para desarrollarse y extenderse.

No, no es este el sistema que debe seguirse, todas esas asquerosidades hay que sacarlas á la luz para que se vean y se conozcan en toda su verdadera repugnancia, y se avergüencen de sí mismas y huya de ellas la virtud y la decencia, escandalizadas.

Deshágase el misterio del vicio y se le quitarán fuerzas y atractivos; desenmascáresele y causará asco y repugnancia á todos, y todos le conocerán para huír de él y para señalarlo con escarnio con el dedo, donde quiera que lo encuentren.

Arrójese sobre los vicios contra naturaleza, todo el lodo del desprecio y de la infamia, y mueran sepultados dignamente en un mar de inmundicia, que nunca será tanta ni tan pestilente como aquella en que han vivido.

I

Origen del nombre de amor lesbio ó amor sáfico. —Safo.—Sus discípulas.

El amor sáfico, ó mejor dicho, la odiosa aberración que lleva este nombre, es sin duda mucho más antigua que Safo, la celebre poetisa y filósofa, que le ha dado su nombre.

Pero como los desenfrenados amores de esta mujer extraña, su talento y su muerte trágica, se han hecho célebres en la historia, de aquí que se llame amor sáfico al amor de una mujer por otra mujer, á imitación de la poetisa de Mitilíne.

Safo, llegó á formar escuela de filosofía y enseñó la superioridad del amor de las mujeres entre sí, al de los hombres.

Esta mujer célebre nació en la isla de Lesbos, patria de muchos sabios y filósofos, y allí se entregó á los lúbricos misterios de su amor.

Fué tanto el incremento que en aquella isla tomó esta forma de libertinaje y fueron tantas las mujeres que á él sacrificaron su pudor, que pronto fué famosa en toda la Grecia, y á poco en el mundo entero, por este solo concepto.

De aquí que el nombre patronímico de lesbia, pasara á servir de nombre á esta aberración que según muchos, en Lesbos nació y Safo fué su inventora.

A las hijas de Lesbos, ó sea á las Lesbias, se les acusaba de propagar de todas partes esta novedad peligrosa y cuando se decía de una: esa es lesbia, se quería decir otra cosa muy distinta que indicar su patria.

Cuando el amor sáfico salió de la isla que hoy lleva el nombre de Mitilíne, y se extendió por toda la Grecia, penetrando lo mismo en el dicterión que en el gineceo de las más castas matronas y las vírgenes más puras, el nombre de *lesbia* se aplicó á todas las mujeres que se dejaron seducir por esta nueva forma de sensualismo.

Más célebre es Lesbos por esta vergüenza, y más conocido ha sido en todos los tiempos por este solo hecho, que por haber sido cuna de Pitaco, uno de los siete sabios, de Teofrasto y de Alceo.

Aún hoy, á través de los siglos, conserva la mancha de sus extravíos y la triste celebridad de un amor antifísico.

Este es pues el orígen del amor sáfico y amor lesbio.

Generalmente para indicar ese amor se usa de la palabra sáfico, y para distinguir á las que á él se entregan, se las llama lesbias.

Safo era poeta y filósofa á la vez, y sus poesías y discursos le atrajeron un gran número de partidarios especialmente entre las mujeres, que escucharon demasiado sus lecciones.

Aunque Platón la haya favorecido con el epíteto de bella, aunque Ateneo haya repetido el epíteto fiándose en la autoridad de Platón, es más probable que Máximo de Tiro, que nos la pinta negra y pequeña, se conformara con la tradición más auténtica. Ovidio no nos la pinta de otro modo, y la erudita Mme. Darcier añade al retrato de aquella ilustre lesbia, que tenía los ojos excesivamente vivos y brillantes.

Horacio, además, atribuyéndola el calificativo de *máscula*, repetido por Ausonio en el mismo sentido, se adhiere á la opinión generalmente recibida, que suponía que Safo era hermafrodita, como los hechos al parecer lo probaron (1).

La naturaleza, en efecto, había indicado en ella el sexo masculino, desarrollando el femenino.

Safo no había profesado siempre las mismas ideas ni tenido los mismos gustos, pues se casó con un isleño de Andros, llamado Carcala, de quien tuvo una hija, que del nombre de su madre, se llamó Cleis; pero habiendo luego quedado viuda, por un desorden de su imaginación y de sus sentidos, llegó á persuadirse que cada sexo debía concentrarse en sí mismo y consumirse en un amor estéril.

El amor incestuoso de su hermano Caraxo, la rivalidad que halló en la cortesana egipcia llamada Rodopisa, y el triunfo de esta rival sobre todo, condujeron á Safo á la investigación filosófica de otra manera de amar.

Era hija de una ilustre familia de Lesbos y poseía muchos bienes de fortuna, por lo que no puede ni aún suponerse que se prostituía por el oro; pero tenía en su casa una escuela de prostitución, donde las jóvenes que allí concurrían, aprendían desde edad muy

(1) Véase el tomo VII de esta colección, dode se explica en qué consiste el llamado hermafrodismo.

temprana un empleo extranatural de sus nacientes gracias.

En compañía de sus lesbias vivía Safo, olvidando que los hombres protestaban de su escuela, cuando conoció á Faón, del cual se enamoró locamente á pesar de sus ideas filosóficas y del amor á sus discípulas; pero no pudiendo obtener su correspondencia, se tiró desesperada al mar desde la roca Léucade, para extinguir con la vida la llama de su pasión.

Así, pues, Safo comenzó amando los hombres y amándoles murió.

Quizás fueron más lejos que ella misma sus discípulas.

Puede suponerse que su amor á las mujeres no era instintivo en ella, ni hijo de un supuesto hermafrodismo, sino más bien producto de los desengaños y del despecho, hijo de una imaginación fogosa y exaltada, que deseando vengarse de los hombres trató de fundar sobre las bases de una filosofía una nueva forma de amor para anularlas.

Su temperamento sensual quizás la obligó á buscar en su sexo, placeres, que su orgullo no le permitía solicitar de los hombres, pero al fin, después del primer letargo, después de probar toda clase de extravíos con sus discípulas, apenas un hombre capaz de conmover su corazón se presentó ante sus ojos, olvidó todas sus teorías y se arrojó en brazos del verdadero amor, con tanta vehemencia cuanto

más tiempo hacía que no había gozado sus legítimos y verdaderos placeres.

Si es cierto que no se han podido rehabilitar las costumbres y doctrinas de la célebre lesbia filósofa y poeta, no es menos cierto que la exagerada aplicación de su nueva forma de amor se debe más á sus discípulas que á ella misma.

Safo, en cierto modo, se lavó de su mancha ante la historia, con su amor á Faón y su muerte trágica.

Por desgracia había instruído demasiado á sus discípulas para que estas renunciaran á sus primeros amores, y su filosofía no dejó nunca de tener iniciados, particularmente entre las cortesanas.

Algunas de ellas por escapar á la seducción de los hombres que creían amables se precipitaron también desde el *salto* de Léucade, á fin de curarse de una pasión que Safo les había enseñado á mirar como una vergüenza y una servidumbre.

No obstante, la escuela de Safo, para bien de la humanidad, fue tan sólo una excepción que no pudo prevalecer contra el verdadero amor.

La historia nos ha dejado el nombre de muchas de sus discípulas, amantes ó amadas, entre las que

pueden citarse como principales á Amictene, Mnais, Firrina, Cirne, Andromeda, Megara, etc.

No ha podido averiguarse á cual de estas fué dirigida aquella célebre oda. cuya conservación se debe al retórico Longín; en la cual pinta Safo de una manera admirable sus sentimientos y sensaciones, Dice así traducida en prosa:

Feliz quien cerca de tí, por tí sola suspira
quien goza del placer de oirte hablar,
quien merece una de las dulces sonrisas de tus labios:
ni los dioses en su felicidad pueden igualársele.
Así que te veo, siento correr de vena en vena
una sutil flama por todo mi cuerpo;
y en dulces transportes en que mi alma se pierde,
no sé encontrar palabras ni voz.
Una confusa nube me turba la vista;
no oigo, caigo en muelle languidez.
y pálida, sin aliento, delirante,
me estremezco, caigo, muero.

Se ha procurado en vano hacer á Faón el honor de haber inspirado tan hermosa oda, que tanto nos hace sentir la pérdida de las obras de la famosa poetisa.

Esta oda, obra maestra de la pasión histérica revela perfectamente la fiebre abrasadora, el éxtasis,

la turbación, la languidez, el desorden y la última crisis de esta pasión más deliramente, más desenfrenada que todos los amores.

Esta oda, fuera inspirada por quien fuere, ofrece una descripción tan fiel y tan verdadera de la fiebre sáfica, que fué recogida por la ciencia médica de la antigüedad como un monumento diagnóstico de esta afeción.

Bartelhemy en su *Voyage d'Anacharsis*, se limita á decir que Safo «amó á sus discípulas con exceso, porque no podía amar de otro modo.

II

Amor lesbio en Grecia.—Amor lesbio en Roma.

Si bien las auletridas (1) tenían amores verdaderos se permitían entre sí, amores que tenían todas las trazas del amor desenfrenado, que no era otro que el amor sáfico.

Estas mujeres ejercitadas desde muy temprano en el arte de la sensualidad, llegaban en breve á desórdenes á que su imaginación pervertida arrastraba sus sentidos.

Su vida entera, era como una lucha perpetua de lascivia, como un estudio asiduo de la belleza física; a fuerza de ver su propia desnudez y de compararla

(1). Véase el tomo primero de esta colección

á la de sus compañeras, tomaban afición á esto y se creaban extraños goces sin el concurso de sus amantes, que con frecuencia las dejaban frías é insensibles.

Hay que oir sobre esto, en los Diálogos de Luciano, á la bella Charnide, que se lamenta y gime por la infidelidad de su querida Filematía á quien ama hace siete años colmándola de presentes y ha abandonado dándole un hombre por sucesor.

Estas depravadas costumbres eran tan comunes entre las flautistas que muchas de ellas solían reunirse en festines donde ningún hombre era admitido, y en ellos se divertían bajo la invocación de Venus Peribasia.

En estos festines que se llaman *Calíspigos*, ante este tribunal de mujeres casi desnudas y entre copas de vino, coronadas de rosas, tenía lugar aún el combate de la belleza, como á las orillas del Alfeo en tiempo de Cipselo, siete siglos antes de la Era cristiana.

Cipselo, desterrado de Corinto edificó una ciudad y la pobló con habitantes de la Arcadia; en esta ciudad consagrada á Ceres de Eleusis, Cipselo estableció juegos ó combates de belleza, á los cuales todas las mujeres eran llamadas á concurrir bajo el nombre de *Crisóforas*.

La primera que obtenía la victoria se llamaba *Herodide*

Desde su fundación, estos memorables combates se renovaban con esplendor cada quinquenio y las Crisóforas ó portadoras de oro, venían en multitud á someterse á las miradas de los jueces que difícilmente podían guardar su imparcialidad y calma.

No había otros combates públicos del mismo género en Grecia, bien que la belleza fuese allí enaltecida y aún adorada, pero las cortesanas se complacían en imitar en sus secretas reuniones la extraña fundación de Cipselo, haciendo á la vez de jueces y partes en estos juegos voluptuosos que celebraban á puertas cerradas.

Las aulètrídas, más que todas las hetarias, gustaban de verse y juzgarse así, y así preludiaban los misterios de sus aficiones favoritas.

Alcifrente, grave y todo como era, nos ha conservado el cuadro de una de estas fiestas nocturnas en que las flautistas y las bailarinas se disputaban no solo la palma de la belleza, si que el lauro de la voluptuosidad. Mr. Ricard, en su traducción de las cartas de Alcifrente, no ha hecho más que extractar la famosa de Megara á Baechis; pero Chausard ha sido menos tímido, y su traducción que en parte reproducimos, no llega sin embargo á la audacia y desenfado del texto griego.

La aulétrida Megara, escribe á la hetaria Baechis refiriéndole los detalles de un festín magnífico al

que sus amigas Tesala, Triales, Mirrina, Filomena y Eoxippe asistieron.

«¡Qué comida tan deliciosa! ¡quiero que su relación te apesare! Qué emociones! qué danzas! qué ocurrencia! Las copas se han besado hasta la salida de la aurora. Manjares delicados, vinos esquisitos, perfumes, coronas, de todo había allí.

»Un bosquecillo de laureles era la sala de festín. Nada faltaba allí, sino tu presencia.

. . . . . .

»Muy luego surgió una disputa que no hizo sino aumentar nuestros placeres. Tratábase de decidir quien de las dos, Triales ó Mirrina, era la más rica en ese género de belleza que hizo dar á Venus el nombre de calipega. Mirrina, suelta su cinturón dejando caer sus ropas interiores: su ropa era transparente, vuélvese y deja ver lirios á través del cristal. Luego imprime á sus caderas un precipitado movimiento, y mirando hacia delante, sonríe al ver el desenvolvimiento que da las voluptuosas formas que agita. Entonces, como si la misma Venus hubiera recibido su homenaje, se puso á exalar no sé que dulces gemidos que me conmueven aún. Triales no se da por vencida, sin embargo se adelanta diciendo:

«Yo no combato detrás de un velo; quiero presentarme aquí como en un ejercicio gimnástico; pues este combate no admite disfraz.» Dijo, y dejó caer su túneca.

«Contempla, ¡oh Mirrina! le dice, estas formas, la blancura y suavidad de esta piel, y estas hojas de rosa que la mano de la misma Volupta ha esparcido sobre esos graciosos contornos modelados sin sequedad ni exageración en sus amables convulsiones, estas esferas no tienen el temblor de las de Mirrina, sino un movimiento parecido á los dulces estremecimiento de las ondas.» Al punto mismo redóblanse sus lascivas crispaciones, con tanta agilidad, que un aplauso general la otorgó los honores del triunfo. Tuvieron después otros combates; disputóse otra vez la belleza; pero ninguna de nosotras osó competir contra el firme, igual y fino vientre de Filomena que ignora los trabajos de Lucina.

»La noche se pasó en estos placeres, terminándose con imprecaciones á nuestros amantes y con una plegaria á Venus, á quien conjuramos nos procurase cada día nuevos adoradores; porque la novedad, es el encanto del amor. Al separarnos estábamos todas ébrias.»

Megara dice en su carta que las cenas de las hetarias hacían ruido en el mundo, y que los jóvenes griegos asistían curiosamente á estas orgias en que sólo se les daba el papel de espectadores; pero extraordinariamente, ni las contesanas más desvergonzadas, querían que sus secretos desordenes se revelalaran á las miradas de un hombre. Los que no se dejaban llevar, por curiosidad á lo menos, á tan es-

candaloso excesos de depravación, pasaban por ridículas entre sus compañeras, y con frecuencia, este resto de pudor, las hacía sospechosas de ciertas enfermedades que debian ocultar por vergüenza. Las flautistas no tenían que temer estas sospechas, pues se mostraban desnudas en el ejercicio de su profesión; y así no se podía atribuir á otro motivo su reserva que á una preferencia marcada, sobre el amor lesbio, por los sentimisntos y placeres del verdadero amor. Esto era también causa de burla.

Luciano, en uno de sus Diálogos de las Cortesanas, nos muestra que una flautista podía tener á la vez dos afecciones heterogéneas, muriéndose de amor por un hombre, mientras se entregaba sin escrúpulo al amor de una mujer.

San Pablo, en su primera epístola á los romanos, atestigua el progreso que las doctrinas de Safo había hecho en Roma, cuando dice hablando de los indignos descendientes de Escipión y de Catón.

«Dios los ha entregado á las pasiones de la ignominia, porque las mujeres han cambiado el uso natural de los hombres en un uso contra la naturaleza...»

Pretonio, en su festin de Trimalción, nos ofrece un cuadro de los desórdenes de las mujeres entre sí, en las *comessationes*.

«Fortunata, mujer de Trimalción, llega con la ropa recogida por medio de un ceñidor verde, de modo que se vieran por debajo las ligas de cordón de oro y sus chapines dorados. Enjugándose las manos en el pañuelo que lleva al cuello, se acomoda en el lecho de la mujer de Habinnas, Scintilla que bate palmas y á quién besa... Estas dos mujeres no hacen más que reir confundiendo sus avinados besos; Scintilla proclama á su amiga la primera de las mujeres de gobierno, y la otra se queja de los mancebos y de la indiferencia marital. Mientras hablan así, se levanta con disimulo Habinnas, coge á Fortnata por los pies y tira de ella sobre el lecho. ¡Ah! exclamó ella sintiendo la túnica deslizare sobre sus rodillas; y componiéndose al instante, ocultó en el seno de Scintilia su rostro, cuyo sonrojo hacía más indecente aún.»

Cátulo, nos habla de una tal Clodia, hija del senador Mételo Celer, á quién él llamaba Lesbia, por alusión á sus amores lebios y á quien comparó con Safo, traduciendo para ella la oda de la célebre poetiza de Lesbos.

»Esta Lesbia, dice Dufour, es más conocida por su gorrión que por sus costumbres galantes. Este gorrión que hacía las delicias de Lesbia, que jugaba

con él, que lo abrigaba en su seno, que lo irritaba sufriendo en la mano sus rabiosos picotazos, cuando esperaba á su amante, y buscaba con que distraer el enojo de la espera; aquel gorrión, cuya muerte cantó Cátulo, no era pues un pájaro, sí nos atenemos á la tradición consevada por los escolladores, sino una joven, compañera de Lesbia, á quien amaba lo lo mismo que á su amante.»

En Roma, lo mismo que en Grecia, el amor sáfico tuvo por principales sacerdotisas á las cortesanas y por templo los lupanares.

Las esclavas de la prostitución distraían sus ocios haciéndose el amor, y á falta de hombres en quienes depositar su cariño y abrasar con sus ardores, pues se entregaban á ellos, sin otro móvil que el lucro, se amaban entre sí con increible vehemencia y entusiasmo.

Por otra parte no dejó de penetrar esta aberración en el santuario del hogar, allí donde el esposo, olvidando sus deberes, se entregaba casi á presencia de su mujer á los obscenos placeres que le brindaban los afeminados.

Ete ejemplo de los hombres no tardó en contagiar al otro sexo, y las matronas más castas, antes que abandonarse al adulterio para satisfacer sus eróticos deseos, pedían al amor lesbio lo que les negaban sus esposos.

La epístola de San Pablo que hemos citado al principio, prueba de una manera evidente los grandes progresos que hizo en Roma este amor antinatural y monstruoso.

Podríamos citar otros mil pasajes de autores competentes y autorizados; pero los omitimos por no repitir cuanto dejamos dicho al hablar de la Grecia.

III

Las damas de corte de Luis XVI.—María Antonieta.—Su muerte.—Varias anécdotas curiosas.



En tiempos de Luis XVI, se desarrolló en las damas de la corte, la pasión vergonzosa de que se hace fundadora á Safo, llegando al mayor escándalo que se haya conocido.

Públicamente se citaban los nombres de las queridas de cada una y, lo que es más, ellas no parecian avergonzaase, ni trataban demasiado de disimular su pasión favorita.

No contentas con todos los desenfrenos del libertinaje, con cambiar de amante cada día, con haber convertido la corte en un lupanar inmundo, donde

se cometían toda clase de horrores, desde el concubinato y el adulterio más descarados, al sacrílego incesto, buscaron en la variedad de los sexos un nuevo motivo de escándalo y un nuevo manantial de groseros placeres.

Los libros de aquella época están llenos de anécdotas picantes, unas desvergonzadas, otras referentes á esta escandalosa desmoralización.

El pueblo cantaba por las calles, coplas alusivas á todas estas vergüenzas, que los aludidos oían con la mayor frescura ó con el más soberano desprecio.

De vez en cuando solía cerrarse la boca de algún descarado encerrándolo en la Bastilla.

Los hombres, no menos pervertidos y desmoralizados tuvieron que conformarse en compartir el lecho de sus esposas y de sus queridas con aquellos hermosos rivales del bello sexo.

Llegó esto á ser tan corriente, que se bromeaba en público, y en medio de los salones se dirigían pullas á las damas más distinguidas y más hermosas, pullas, que ellas contestaban con ingenio pero sin rubor.

Esta clase de prostitución no excluía de ningún modo á los hombres, lejos de esto se les veía lanzarse á toda clase de extravíos con igual furor.

Si hemos de creer á algunos historiadores y á algunos escritores de la época, calificados por alguien

de libelo, la misma soberana era la que aventajaba á todas y tal vez la que dió primero el ejemplo.

Pero si bien en los escritos de la época puede haber pasión y encono, no es lógico creer que sea falso cuanto dicen.

Un distinguido escritor moderno, hablando de esta época, copia de un libro de aquellos tiempos lo siguiente, con referencia á María Antonieta:

«Esta princesa cuyo nombre podría dignamente ocupar una plaza al lado de la Médicis, de Margarita de Valois, de Mesalina y sus ardores, de Fredegunda y su crueldad, y de muchas otras reinas y princesas, de quienes la historia nos ha conservado anécdotas tan raras como curiosas, ama el dinero por codicia.

De él hace el resorte de sus venganzas.

Se anticipa á todas las tramar de una intriga, y hace de ellas el alma de su turbulenta existencia.

Hombres, mujeres, todo le gusta.

Ya se conoce su conducta incestuosa con el conde Artois; sus relaciones antifísicas con las duquesas de S. Maigrin y de Cossé; la condesa de Mailly; la de Polastrón; la princesa Lamballe; La Polignac; la condesa de La Mothe y la Bertin, su modista, asque-

rosa criatura, cuyas deudas fueron muchas veces pagadas por la reina.

La Francia entera se halla todavía indignada de la manera odiosa con que aquella reina perversa, sacrificó á la desgraciada La Mothe, después de haber cubierto con sus ardientes besos todas las partes de su cuerpo.

Léanse las memorias de aquella mujer.

Allí se verá que el cardenal de Rohan le anunció que la reina *gustaba de ella*; que la encontraba *hermosa y elegante...*

Además recibió un billete de manos de madamoiselle Dorvat, una de las mujeres de S. M. Dicho billete contenía la orden de presentarse entre once y doce de la noche en el *pequeño Trianon*.

Y dice la condesa en sus memorias:

«Acudí puntualmente á la hora señalada.

»Y fuí introducida en el gabinete de la reina, por la misma Dorvat.

»Allí recibí extensa explicación de lo que el cardenal había intentado darme á entender, al hablarme de *gusto, de elegancia y de hermosura*.

. . . . . .

»En verdad, me creí superior á mortal alguno.

»S. M. terminó nuestra larga entrevista haciendo gala de su munificencia.

»Me regaló una cartera conteniendo 10 000 libras en billetes ó talones de caja.

»Sus últimas palabras fueron:

»—*Volveremos á vernos.*

»En efecto, volvimos á vernos á menudo.

»Y durante muchas horas.

»*Y siempre del mismo modo.*

»Esta confesión aflije mi alma.

»Mi corazón se oprime.

»La pluma se escapa de mi mano.

»¡Oh! mi augusta soberana.

»¡A vos, á vos tan sólo, es ahora á quien me dirijo!

»Recordad aquellos momentos de embriaguez, que apenas me atrevo á reseñar ahora.

»Recordad los lugares donde pasaban.

»Recordad los lugares en que los estoy espiando.

»Por grande que sea el desprecio con que después os habéis servido tratarme, no por eso dejaréis de encontrar escrita en el fondo de vuestra alma una gran verdad.

»Y es que entonces me elevasteis hasta vos.

»(Debería decir: me bajastéis).

»Pero en vano os dignasteis despojaros de vuestra imponente majestad.

»En vuestro mismo abandono la reconocí.

»Y me dije:

»Es la diosa Flora que se divierte con una florecilla.

»Ya sabéis que, en los primeros instantes, que en los del mismo género que les siguieron, nunca me separé dèl cariñoso respeto, del que vos mismo me hacíais continuo reproche.

»Y es tal infortunada; la mujer á quien honrasteis con el título de *amiga mía*; es la desgraciada Valois, á quien habéis abandonado, á quien habéis entregado á manos de... ¿diré de mis verdugos?

»¡Ah, no!

»¡Debo evitaros tan terribles imágenes! etc.»

Lo que acabamos de copiar nos parece suficiente para dar idea y razón del desenfreno sáfico que se apoderó de las damas de la corte de Luis XVI.

Nada diremos por nuestra cuenta sobre tan delicado asunto.

Sólo añadiremos, á fuer de narradores imparciales, lo que dicen de este célebre proceso conocido con el nombre de *El Collar de la Reina*; otros historiadores.

Juana la Luz, de Sain Remy de Valois, condesa de la Mothe, fué, dicen, una aventurera francesa que nació en 1756. Pertenecía á una familia descendiente de un barón de Sain-Remy, hijo natural, reconocido de Enrique II, y se había quedado huérfano con una hermana y un hermano, todos en la miseria, cuando algunas personas se interesaron por ellos y les hicieron pensionar por el rey.

Juana se casó con el conde de La Mothe que vivía

de malos recursos, y trasladándose á París procuró introducirse en la corte.

Habiendo contraído relaciones con el cardenal de Rohan, llegó á tener conocimiento de las pretensiones que éste abrigaba respecto de la reina María Antonieta y se le vendió por mediadora.

Falsificando la letra y firma de la reina, llegó á persuadir al cardenal de que aquella le encargaba en secreto la compra de un riquísimo collar de diamantes, por el que los joyeros Baechener y Bossange pedían 1.800.000 libras.

Convino el cardenal en responder al pago á los joyeros, y Juana recibió el collar, con el que inmediatamente marchó el marido á Inglaterra. Pero al cumplirse el primer plazo del pago, que el cardenal no pudo efectuar, se descubrió la intriga, que dió lugar á un proceso escandaloso, siendo Juana condenada á la pena de azotes, marca y reclusión en la Salpetriére.

Fugóse poco después y murió en Inglaterra.

Fácilmente se comprende que en todo esto hay un misterio profundo difícil de descifrar y que indudablemente se habrá tenido grande interés en obscurecer.

De todos modos las Memorias de la condesa tienen gran importancia histórica, y han encontrado eco en muchos escritores eminentes.

Sea lo que fuere, respecto al proceso del collar, lo

que parece estar fuera de toda duda son los amores de la reina con la desgraciada La Mothe.

La muerte trágica de María Antonieta la ha lavado ante la historia, en cierto modo, de los desórdenes de su vida.

La posteridad parece haber olvidado sus actos de Mesalina, para acordarse tan sólo de los conmovedores episodios de su desgraciado fin.

Ve en ella á la madre amorosa, á la reina desgraciada, á la dama ultrajada y escarnecida, cuya cabeza rodó en el cadalso donde la había precedido su esposo Luis XVI.

Ante el tribunal revolucionario, acusóla el furibundo Hebert, tratando de envilecerla, de haber depravado á su hijo por enervar su cuerpo y extinguir su inteligencia, con objeto de reinar más tarde en su nombre.

María Antonieta guardó silencio ante tan horrible acusación.

Un jurado insistió diciendo que en una reina todo era posible.

—Si no he respondido—dijo María Antonieta con profunda emoción—es porque la naturaleza se niega á responder á semejante inculpación dirigida á una

madre. Me dirijo á todas las que puedan encontrarse aquí.

Un extremecimiento de aprobación conmovió al auditorio, y Hebert quedó mudo y aterrorizado.

Cuando Robespierre supo lo que había pasodo, exclamó lleno de indignación:

—¿No tenía bastante ese malvado con haber hecho de ella una Mesalina, que aún necesitaba hacerla una Agripina?

Estas acusaciones injustas, los duros tratamientos de que fué objeto, la dignidad y resignación con que sobrellevó sus infortunios y sobre todo, como dejamos dicho, su dolor de madre al ver arrebatar al hijo de sus entrañas, de sus propios brazos, la conquistaron las simpatías de muchos y la consideración de sus propios enemigos.

Conducida á la Conserjería aquella desgraciada mujer, escribió á su cuñada una carta que se ha publicado después, y que revela sentimientos de ternura y profunda conmoción de su alma en aquellos momentos solemnes.

«Acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, sólo lo es para los criminales, sino á ir á reunirme con vuestro hermano... Me causa mucha pena abandonar á mis pobres hijos.

¡En qué posición los dejo!... Que mi hijo no olvide nunca las últimas palabras do su padre que yo le repito expresamente: *que no procure nunca*

vengarse de nuestra muerte... Adiós mi buena y tierna hermana. Os abrazo con todo mi corazón lo mismo que á mis pobres y queridos hijos... ¡Dios mio! ¡Cuán desgarrador es dejarlos para siempre!...»

Desde su cama. de la que sólo estaban separados dos municipales por un biombo, les preguntó:

—¿Creeis que el pueblo me dejará llegar al cadalso sin despedazarme?

—No os harán ningún mal, señora, respondió uno de ellos.

A las cinco de la mañana se tocaba á generala en todas las secciones: á las siete la fuerza armada estaba en su puesto; á las diez numerosas patrullas recorrían las calles; á las once apareció el verdugo.

María Antonieta esperaba que la conducirían al suplicio en un coche, como habían hecho con Luis XVI, pero cuando vió la carreta que la esperaba se extremeció. Por todo almohadón había una tabla rasa atravesada, en el cual se sentó, con las manos atadas á la espalda con una cuerda, cuya extremidad tenía Sansón en la mano: éste, y su ayudante y un cura subieron en la carreta, y se colocaron uno al lado y otro detrás de la reina.

Rodeada de soldados y pueblo, la carreta se puso en marcha...

El día en que María Antonieta acababa de casarse con el Delfin, hizo su entrada solemne en la capital, y fué para la joven princesa un triunfo.

»Estaba,—dice Weber,—seductora de belleza y de encantos. La brillante carroza que la conducía apenas podía abrirse paso entre las oleadas del pueblo que no se cansaba de verla, de admirarla y de bendecirla... El mariscal de Brissac, gobernador de París, le salió al encuentro y le dijo:—Señora, tenéis ante vos doscientos mil enamorados de vuestra persona...»

Esto pasaba en 1770.

¡Qué diferencia!

La carreta marchaba sin que un murmullo ni un ruido se dejasen oír en torno suyo.

María Antonieta llevaba los cabellos cortados junto al cuello; sus mejillas estaban encendidas y sus ojos inyectados de sangre; su aspecto no revelaba abatimiento ni miedo. Dirigió indiferentes miradas á las hileras de soldados que ocupaban las aceras.

Aunque el cómico Dramont blandía el sable, alzándose sobre los estribos, y designando á la condenada al odio de la multitud, con groseros denuestos, el pueblo permanecía silencioso, y solo gritos de ¡viva la República! resonaron de cuando en cuando.

La vista del Jardín de las Tullerías causó á María Antonieta una dura emoción, y como al subir al cadalso diera un pisotón al verdugo, se apresuró á decir:

—Perdón, señor, no lo he hecho á propósito.

A las doce y cuarto cayó la cabeza de la desgraciada María Antonieta y la multitud gritó ¡viva la República!

¡Contaba la infeliz reina treinta y ocho años de edad!

Según Vílate, el día siguiente de la muerte de María Antonieta, Barrere, Robispierre y Saint Just, comieron en casa de Venua y hablando de la muerte de la reina, dijo Saint-Just:

—Las buenas costumbres ganarán con este acto de justicia nacional.

¡Cuánto más exacta era la apreciación de madame Stael, sobre aquel trágico suceso, cuando decía:

—¡Inmolando á María Antonieta la habéis consagrado. Vuestros enemigos os han hecho más daño con su muerte que con su vida!

Cuenta un historiador que Mr. de Montabarrey, se prendó de la hermosa cortesana Mme. Desmahis; pero ésta rechazó las proposiciones del príncipe.

El amante insistió, aumentando siempre el precio de los favores que solicitaba, hasta que fué tan seductora la suma ofrecida que la bella ingrata pareció ablandarse y dijo que lo pensaría.

El príncipe para acabarla de decidir comenzó á

mandarle ricos presentes de joyas y dinero que fueron aceptados sin protesta; pero la deseada respuesta no llegaba.

Sospechando el enamorado que en todo aquello había algo misterioso y que qulzá la resistencia de la bella consistía en que tenía otro amante, quiso sorprenderla y enterarse por sí mismo de si era objeto de una burla pesada que le costaba demasiado cara para consentir en que se prolongara por más tiempo.

Una noche hizo detener su carruaje á la puerta de su bella ingrata y penetró resueltamente en su habitación.

Una camarera le detuvo el paso pretestando que su señora se hallaba enferma y que no podía recibirle, pero él la rechazó bruscamente y penetró hasta la alcoba de Mme. Desmais.

¿Cuál sería su asombro al descorrer las cortinas del lecho y ver junto á la hermosa cabeza de su amada otra cabeza cubierta con un gorro de dormir de hombre?

Su furor no reconoció límites, sublevóse su orgullo; se creyó *estafado*, y ya iba á castigar con su bastón al feliz amante, cuando éste, levantándose resueltamente se fué hacia él y le dijo:

—Caballero, Mme. Desmahis es mi querida y no estoy dispuesto á cederla; si queréis batiros conmigo he aquí mis armas.

Y descubriendo su seno, hizo ver á Mr. Montabarrey, un tesoro de voluptuosidad.

El amante de la Desmahis era la señorita Rancourt.

El príncipe salió indignado después de apostrofar desdeñosamente á aquellas dos indignas mujeres.

Esta clase de aventuras eran, como dejamos dicho, muy comunes en aquella época de desmoralización.

Cuéntase también que una actriz famosa llamada Mlle. Arnoul estaba en relaciones con Mlle. Virginia, actriz también.

Esta hubo de cansarse de su amante y la abandonó al poco tiempo.

Un tal Mr. Ventes, embromaba á Virginia acerca de su infidelidad y ésta irritada le dió una terrible bofetada, á presencia de todos los asistentes á una orgía.

Mr. Ventes se llevó la mano á la mejilla, y dijo tranquilamente:

—No hubiera aguantado tal insulto de la querida de un hombre; ¿pero qué partido tomar con la querida de una mujer?

VI

Existencia en la actualidad de esta vergonzosa aberración.—Causas que la motivan.—Influencias que la desarrollan.

Para probar que en la actualidad existe esta vergonzosa aberración conocida con el nombre de amor sáfico, no podremos recurrir á testimonios históricos ni á citas de autores, pero podemos en cambio asegurarlo por nuestra cuenta y riesgo sin temor de ser desmentidos, ni siquiera de que sea puesta en tela de juicio nuestra opinión, pues apenas si habrá uno de nuestros lectores que no haya tenido ocasión de convencerse por sí mismo, de co-

nocer por referencias dignas del mayor crédito, las historias más escandalosas de este género.

Casi estamos por decir, que en ningún tiempo ha estado este vicio más extendido que en el día, pues alcanza desde las clases más elevadas hasta el más ínfimo pueblo donde quizás nunca había penetrado.

Hay varias causas, hoy más que nunca, para que esto suceda.

Entre las prostitutas es raro hallar una que no se haya sometido, alguna vez siquiera, á las exigencias de una amiga ó ella á su vez la haya solicitado, por curiosidad, por capricho ó por libertinaje.

Este vicio amenaza destruir la sociedad por su base si no se trata de atajarlo con tanto rigor como á la pederastia.

Pero hay el inconveniente de que el amor lesbio se desarrolla más oculto y fuera del alcance de toda clase de medidas.

Unicamente la iniciativa particular de cada individuo, ejerciendo severa vigilancia sobre las mujeres sujetas á su dominio, puede evitar grandes males.

Y no son estos temores ilusorios, ni quiere decir tampoco que la sociedad toda entera esté pervertida y degradada, sino que el vicio se propaga de un modo alarmante y si bien hoy no lo llena todo ¡quién sabe á donde puede llegar!

Nosotros hemos visto en poco tiempo ejemplos harto elocuentes, para mirarlos con indiferencia.

Hemos llegado á ver, no hace mucho, una esposa que abandonó á su marid por un amante de su propio sexo.

Conocemos á no pocas jóvenes que detestan á todos los hombres y tienen amigas demasiado íntimas, á ciencia y paciencia de sus confiados padres, que nada sospechan y hasta alaban y aplauden la conducta y moralidad de sus hijas.

Hay más, así como la pederastia, que ya hemos dicho que es digna hermana gemela del amor lesbio, es mirada por todos con repugnancia y encono, los extravíos de las mujeres con ellas mismas no arrancan la misma indignación ni iguales protestas.

Hasta hay individuos que lo miran como una gracia y que lo toleran ó les es indiferente en la mujer que aman.

Hablamos con esta seguridad, porque nos referimos á hechos que cada cual puede comprobar por sí mismo y convencerse de la certeza de nuestras palabras.

Preguntad á la mayoría de los hombres si les es repugnante una mujer lesbia, y se encojerán de hombros ó responderán sencillamente que no.

Esta indiferencia es un mal gravísimo que contribuye á hacer menos odioso este vicio y por lo tanto á propagarlo.

Existen mil causas, motivo de este vicio degradante, difíciles de señalar, pues no siempre ni en absoluto producen los mismos efectos ni obran de igual modo sobre todos los individuos: habiendo además, muchas circunstancias que las modifican ó las anulan.

Los colegios donde se educan muchas jóvenes hasta una edad en que despiertan las pasiones, son muchas veces un foco de este amor antifísico.

Sin comunicación apenas con el mundo, allí las amistades son más íntimas y más tiernas y una niña puede equivocar sus sentimientos y torcer sus inclinaciones, sin conciencia casi de lo que hace.

El exceso de candidez puede ser un peligro en estas cosas, y la precocidad de un peligro aún mayor.

La primera puede hacer víctima á la joven de una amiga ladina ó inclinarla á un placer en el que su inocencia no ve maldad ni peligro, y encuentra goces que le son desconocidos; la segunda puede inducirla á buscar la satisfacción de sus apetitos en una práctica que comienza usando, porque es la única de que puede valerse, y que acaba prefiriendo á todas.

Por eso conviene vigilar á las muchachas para impedir que se comuniquen sus impresiones respecto á estos puntos, evitar esas amistades tan íntimas y misteriosas de dos amigas que siempre desean estar solas, que huyen de las demás, y que se besan y acarician demasiado.

Hay que saber distinguir las amistades santas, valga la frase, de las que, siéndolo tal vez también, pueden acabar por dejar de serlo algún día.

No conviene que nunca, ni por ningún concepto, duerman juntas dos muchachas.

No cabe duda, que esto que parece la cosa más natural del mundo, es un peligro para la moral.

Al hablar en otro tomo, de los vicios solitarios ya lo digimos: las madres confían demasiado en la inocencia de sus hijas.

Dos amigas que duerman en el mismo lecho se acostumbran al contacto de sus carnes, que quizás al principio les fuera repulsivo, hablan de sus pasiones, de sus amores, reales ó ilusorios, se comunican sus secretos y sus deseos, ó investigan juntas lo desconocido.

Esto las enardece, las extasía y hace olvidar todas las reglas de la moral que sin entender han estudiado en los catecismos. Si conocen los vicios solitarios, tanto peor, porque quizá se entreguen á ellos, y tal vez mutuamente y... de esto al amor sáfico hay un un solo paso.

Si peligrosa es la compañía de dos jóvenes, más peligrosa es todavía la de una joven y una mujer casada ausente de su marido que solicita sin intención dañada por supuesto, compartir el lecho con ella, ó

la compañía de una viuda que sin intención también, pues esto viene luego, intima demasiado con una jovenzuela.

Entiéndase bien lo que queremos dar á entender cuando decimos intimar.

Hay intimidades ingenuas é intimidades sospechosas.

Puede ser también causa de esta aberración un celibato forzoso y prolongado, los desengaños con los hombres. amores desgraciados, y en algunos casos y en ciertas mujeres, el deseo de satisfacer apetitos carnales, sin los peligros ni el escándalo del comercio con los hombres.

Causa y peligro no pequeño, son las comunidades de mujeres que viven encerradas por mucho tiempo sin más trato que el de individuos de su sexo, como sucede en las cárceles de mujeres, en los conventos y en algunos colegios de internas etc.

Téngase en cuenta que la naturaleza tiene necesidades imperiosas que satisfacer, y que si se la priva de ellas, avasalla por todo y busca la compensación, sin que haya moral que la contenga, ni religión que la ataje, ni freno que la modere.

La moral y la religión, para dar frutos verdaderos no han de imponer obligaciones absurdas, ni exigir imposibles, ni sacrificios superiores á la naturaleza humana.

Si se pone un dique en el curso natural de un rio,

las aguas lo rompen, ó abren su cauce por otro sitio, para continuar su curso fatal y necesario.

La culpa de los estragos que cause su desbordamiento, será del que ha puesto el dique, no del río que lo ha roto, ó ha torcido su curso.

Lo que importa no es contener la impetuosidad de las aguas en su corriente natural, sino procurar encauzarlas para que no se desvíen.

Los diques no hacen falta en frente sino en las orillas.

Etta es la verdadera moral.

Una vez dando el primer paso en la pendiente, es difícil, sino imposible retroceder.

Esto sucede siempre en el mal que desgraciadamente, tiene más atractivos que el bien.

Por eso son más numerosas aún las influencias que desarrolla el amor sáfico, que aquellas que la ocasionan.

Todas las causas que acabamos de apuntar, cuando persisten mucho tiempo, influyen en el desarrollo de este vicio que acaba por hacerse incorregible y avasallador.

Pero, á más de esto, influye también el temperamento y la imaginación.

Un temperamento ardiente y voluptuoso, puede más facilmente aficionarse á cualquier clase de placer con tal que satisfaga los desordenados deseos que despierta en la carne.

Una imaginación exaltada que facilmente concibe y se forja ilusiones y bellezas allí donde solo hay materialismo y fealdad, es muy á propósito para caer en las mayores aberraciones.

Hay individuos cuya fantasía se amolda y se asimila á todo.

Leen una novela de bandidos, y bandidos se harían para correr aventuras; leen el Werter de Goëte, y se sienten suicidas, devoran una obra mística y se harían anacoretas.

La suerte de estos individuos depende muchas veces de sus primeras impresiones.

También influye el carácter

Una mujer tímida, que le asusta el trato de los hombres, que teme las consecuencias de un amor desgraciado, las contingencias del parto ó los cuidados de la familia, es más propensa á entregarse á

pràcticas solitarias ó al amor antifísico que la que tiene un carácter más decidido y desenvuelto.

Muchas veces son influencias de un orden puramente material las que desarrollan esta aberración.

El temor de perder una pensión concedida por las leyes á las solteras, por ejemplo, cuando la mujer es bastante honesta para no entregarse á un hombre ilegítimamente, sin comprender que cae en otro pecado tan grave, por no decir más, por lo menos más repugnante y más odioso.

Pero la causa principal del desarrollo del amor lesbio, es el ejemplo.

Nada más funesto.

El trato y la sociedad de jóvenes lesbias acaba casi siempre por hacer caer en la tentación á las neófitas. Comienzón por curiosidad, siguen por espíritu de imitación y acaban porque sienten verdadero placer.

Contra todas estas influencias, sóla hay un remedio

A más de apartarse de ellas, frecuentar el trato de un hombre y buscar en el verdadero amor los verdaderos goces sexuales y los del espíritu, con lo que, ó no se caerá en el vicio que debatimos, ó se olvidará por completo.

V

Desarrollo del Clítoris.— Ninfomania.—Libertinaje.

A más de las causas morales que hemos apuntado pueden existir en la mujer causas físicas que la predispongan á las caricias de su sexo.

Una de las causas físicas más principales, la más común y la que todos los autores señalan casi como necesaria, es el desarrollo excesivo del clítoris, que en algunas toma todas las proporciones de un verdadero pene.

Las mujeres así conformadas, pueden aparentar para con otras un verdadero cóito, salvo la emisión del licor prolífico, y ellas á su vez sienten un vivo

placer puesto que el clítoris es el asiento de la voluptosidad.

Algunas de estas mujeres tienen todas la apariencia de un hermafrodismo real, puesto que pueden yacer con un hombre ó con un individuo del mismo sexo.

Así parece que estaba conformada Safo, si hemos de creer á varios historiadores.

Este desarrollo del clítoris puede ser, y es casi siempre natural; pero en algunos casos, su anormal volúmen es consecuencia de vicios solitarios ó de la misma práctica del amor lesbio.

Estas mujeres suelen tener un aspecto exterior varonil y desgarbado, el labio superior y la barba cubiertos de pelo, y hasta la voz hombruna.

Sus aficiones son todas extrañas á su sexo; gustan de alternar con los hombres; pero de igual á igual, les imitan en el traje y juegan, fuman y juran como un cabo de gastadores.

El vulgo las distingue con el nombre gráfico de mari-machos.

En el amor lesbio vienen á haber también dos papeles que desempeñar, como en la pederastia, uno pasivo y otro activo, ó sea el de íncubo y el de súcubo.

Los mari machos desempeñan siempre el de íncubos ó de lesbias activas.

Las muchachas que éstas conquistan para saciar en ellas su asqueroso apetito, desempeñan la parte pasiva ó de súcubos.

No es necesario el desarrollo del clítoris para que una mujer tenga aficiones lesbias y hasta haga de íncubo. Hay también muchas que alternan en ambos papeles.

Ni es preciso tampoco que la mujer tenga el mencionado órgano más ó menos voluminoso.

Esto no deja de ser una disposición física que facilita más bien que predispone, á este acto obsceno.

De todos modos, esta clase de mujeres son casi siempre las propagadoras de la doctina de Safo y la predican con más ardor, consagrándose á ella exclusivamente.

Las lesbias que sin tener esta conformación especial gustan del amor de su sexo, no suelen por esto despreciar el de los hombres, y hasta los aman muchas veces con vehemencia.

Pero las mari-machos, sea por la vergüenza de su deformidad, sea porque su temperamento se aproxima más al del hombre que al de la mujer, lo cierto es que es muy raro que sean complacientes con el sexo á que ellas se vanaglorian de pertenecer.

Estas repugnantes mujeres aman á las muchachas con un desenfreno tal, que descienden á mil repugnantes prácticas vergonzosas hasta en los hombres más depravados y lascivos.

Son celosas y altivas, hacen sufrir á las infelices

que tienen la debilidad ó el impudor de sometérseles, los más duros tratamientos y el espionage más severo

Esta clase de mujeres llevan escrito en el rostro el estigma de su pecado, y viven en la sociedad despreciadas de todos.

La ninfomania, que es causa de tantos trastornos y desordenes, puede serlo también del amor lesbio.

La ninfomaniaca, no ve saciado nunca su apetito devorador de sensualidades, y no hallando ni en los hombres ni en la mansturbación la saciedad que en vano busca, recurre á las caricias de su mismo sexo en demanda de nuevos goces que vendrán solo á aumentar más y más su deseo.

La ninfomania es muchas veces determinada por una irritación local constante, por una especie de humor herpético en las ninfas ó pequeños labios que mantiene en los órganos genitales una excitación constante, una picazón que con nada se aplaca.

En este estado, todo es para estas infelices objeto de lujuria; la vista de un hombre las exalta, la vista de una mujer lo mismo.

Sucede que como el hombre pierde antes las fuerzas y la potencia que la mujer, las ninfomaniacas buscan en su sexo, como màs resistente, la continuación de unos placeres que siempre quisieran estar reanudando.

Estas mujeres, generalmente, si curan de su afección, olvidan pronto sus extravios físicos y vuelven á los brazos del hombre.

Pero mientras tanto, son quizás las lesbias más peligrosas por su atrevimiento y desmoralización que lo avasalla todo, y en todas partes hace víctimas.

Muchas veces se las ha visto emplear la violencia, ni más ni menos que un hombre desalmado haría con una muchacha, y en su furor erótico, rayando en locura, muerden y golpean, gimen y gritan como poseidas del diablo.

La ninfomania, parece desarrollarse y tomar mayores proporciones con el abuso de los placeres lesbios, pues el frote de los labios y el clitoris los irrita más y más, y acaba por hacer tan aguda la afección que pronto raya en el delirio.

De aquí esos amores monstrosos de que cita tantos casos la historia; de mujeres que se entregaban con el mismo desenfreno á todos los hombres y á

todas las mujeres y á veces, en infernales orgías, y á la vista de todos se entregaban á la más espantosa promiscuidad de los sexos.

Los antiguos aquelarres, aquellos concillábulos en que los hechiceros de ambos sexos uníanse carnal é indistintamente á la terminación de la misa negra celebrada por el demonio, no eran otra cosa que ninfomaniacas. perturbadas mentalmente á causa de la continua agitación lujuriosa, y libertinos que buscaban entre estas desgraciadas, la ocasión de satisfacer sus apetitos carnales.

En el año 1610, el tribunal de la inquisición entendió en un proceso, por demás curioso, en el cual figuraron veintinueve hechiceros en su mayor parte mujeres. Procedían estos del Valle del Baztán. Navarra, y verificaban sus nocturnas reuniones en un paraje llamado *Prado del Cabrón*.

Allí era dónde, según sus confesiones, se presentaba Satanás bajo la figura de un grueso macho cabrío.

A las nueve de la noche daban principio las sesiones que acababan comunmente antes de amanecer.

Las pácticas más ridículas, las ceremonias más repugnantes tenían lugar bajo la presidencia del más osado entre los de la secta, á quien daban el nombre de Satanás. Terminadas estas, que muchas veces se prolongaban hasta el canto del gallo, el demonio, uníase carnalmente con todos los hombres y mujeres, ordenándoles enseguida que le imitasen, acabando dicho comercio por la mezcla de los dos sexos, sin distinción de matrimonios ni parentesco. Los prosélitos del diablo tenían á mucha merced y honra ser llamados los primeros á las prácticas de tales obras, y era el privilegio del rey de los brujos advertir á los elegidos así como el de la reina llamar á las mujeres que prefería.

Miguel Goiburo, rey de los hechiceros del pueblo de Zugarremurdi, confesó ante el tribunal todo lo que pasaba en las reuniones. En cuanto á lo que particularmente le concernía, confesó también que había caído con mucha frecuencia en el pecado más familiar al demonio, unas veces como parte pasiva con él, y otros como parte activa con los otros hechiceros.

La mujer y la hija de Goiburo declararon que habían gozado en una sola noche con las veintinueve compañeras que componían la secta y que cuando el demonio se unía á ellas carnalmente experimentaban un inmenso placer.

¡Cuántos males ha ocasionado siempre á la humanidad el desconocimiento de sus propias debilidades!

De todas las causas físicas y morales, la que es verdaderamente más funesta y decisiva es el libertinaje.

El hastío de los placeres naturales, consecuencia de su abuso, hace buscar á la mujer libertina, nuevas formas de satisfacer los deseos, si no de su cuerpo, ya insensible, de su mente depravada.

Prueba evidente de esta verdad es que gran número de prostitutas se entregan á este desenfreno con la mayor pasión, llegando á despreciar el trato de los hombres.

El libertinaje y el abuso de los placeses sexuales, no solo embotan los sentimientos de dignidad, y de pudor, si que, además pervierten y extravían la sensualidad.

De aquí que los viejos libertinos se entreguen á mil practicas obcenas y repugnantes para avivar su dormida sensibilidad.

Pues bien, hay muchos individuos del uno y del otro sexo, que se encuentran en el estado de una vejez prematura, consecuencia de sus excesos, vejez tanto más peligrosa en cuanto no reside más que en los órganos genitales, mientras el rostro del cuerpo conserva el vigorde los deseos y los instintos libidinosos.

En este estado, el hombre como la mujer buscan con una especie de fiebre erótica los medios de saciar sus apetitos y de avivar sus facultades..

Para esto investigan todos los refinamientos del placer y prostituyen todas las partes de su cuerpo, siempre en busca de novedades.

Una de estas novedades suelen ser para las mujeres, el amor lesbio.

Este amor ofrece en ellas menos dificultades que la pederastia en los hombres, y es hasta si se quiere medos repugnante en su concepto.

Es decir que corre más peligro una mujer libertina de entregarse al amor sáfico, que un hombre á la pederastia, por pervertido que esté

Efectivamente, las mujeres no repugnan tanto su contacto entre sí, como los hombres.

Etán acostumbradas á besarse, á contemplarse sin repugnancia; duermen juntas sin esfuerzo y se abrazan y tocan sus carnes sin asco.

En esto tienen más adelantado que los hombres, los cuales han de vencer, antes que otras repugnancias casi invencibles, la instintíva repulsión que el contacto solo de un hombre les causa.

Quizas también influya en ellas el concepto que se vayan formando de la belleza.

Si aman el contraste, como la mayor parte de las

mujeres; si gustan de un hombre varonil, de rostro moreno y barbudo, de formas desarrolladas y atléticas y aire marcial, no es facil que caigan en la tentación de amar á una mujer. Pero si por el contrario su tipo es el joven barbilampiño y afeminado, el adolescente de cabellos rizados, de formas redondeadas, de cuerpo sin vello, de modales delicados y aire tímido, no están lejos de preferir los tipos de belleza de su mismo sexo que se aproxima más, o mejor dicho, que son el ideal perfecto de la belleza que han soñado.

Como el ideal del amor es casi siempre el contraste, de aquí que las mujeres varoniles encuentrn más de su gusto las muchachas tímidas y modestas que los hombres, á los que miran casi como iguales y á los cuales desdeñan someterse.

De aquí también que los hombres afeminados suelen prostituirse con los hombres y no gusten de las mujeres, de las que solo el signo de su sexo los separa.

Totas estas aberraciones tienen, pues, una explicación filosofica, cuya investigación daría datos muy curiosos y serviría quizás para prevenir muchos errores.

Ahora bien, cuando una mujer, por todas estas razones, acrecentadas por otras de orden físico y un cúmulo no menor de circunstancias eventuales, difíciles de precisar, pierde el sentimiento del pudor en

el abuso del libertinaje, está en inminente peligro de caer, en la primera ocasión, en todas las aberraciones del amor lesbio.

El verdadero amor, por más que estudiado sin reflexión parezca íntimamente ligado al sensualismo, no tiene nada que ver con los deseos sexuales.

El hombre ve ante todo en la mujer, aunque parezca lo contrario y aún sin él mismo darse cuenta, no el instrumento de sus placeres, sino la compañera cariñosa de su vida; el sér débil y amable que necesita de su apoyo. Se siente inclinado á ella por un instinto más del alma que del cuerpo, y busca en ella el complemento de su propio sér, la madre de sus hijos, la base de la familia y del equilibrio social.

Así como el que hace una caridad siente el placer íntimo de aquella buena acción que le inclina, casi por egoismo, á hacer otras, así el hombre siente un instintivo placer en servir de apoyo á la debilidad de una mujer y servirle de guía y de mentor en esta vida.

Este instituto de superioridad nos hace mirarlas con benevolencia y con cariño y despierta en nosotros el amor.

La vista de un niño nos inspira sentimientos de ternura parecidos ¿Y acaso hay ningún interés sexual en este amor?

Pues lo mismo nos sucede con las mujeres.

Luego, naturalmente, viene á hacer más íntima, más dulce y más duradera de esta afección, el aliciente de los sexos, pero nunca como causa fundamental.

Esto es lo que se llama un amor puro y santo.

Igualmente ellas ven en el hombre el apoyo de su debilidad, el protector generoso, el ser desinteresado que ha de conducirlas por el mundo, el compañero necesario de su existencia, el hombre que las ama y las respeta, que las venera y santifica.

Ahora bien, cuando el amor no es esto, cuando el amor no es más que el deseo libidinoso, el concepto que se tiene del hombre y de la mujer respectivamente, desaparece para no ver en el sexo contrario más que el instrumento de nuestros goces.

No se ama á la mujer porque sea mujer sino por los goces que nos proporciona.

No ama la mujer al hombre porque sea hombre, sino por el mismo motivo.

Pues bien, si se busca el placer por el placer mismo, poco importa que este placer lo proporcione un individuo del mismo sexo, y una vez vencida la primera repugnancia pronto cae el hombre en la pederastia y la mujer en el amor lesbio.

He aquí por qué todas esas aberraciones son patrimonio exclusivo de libertinos.

Hay más, el amor del espíritu, que no envejece jamás, es tan duradero y tan constante como el espíritu mismo; pero el amor carnal dura solo hasta que el cuerpo se gasta y ya no le dá los goces que se le exigen.

Por eso el amor del espíritu y los goces santos y nobles del alma sacían y satisfacen más que los groseros placeres materiales que nos conducen á la depravación y á los vicios más asquerosos.

El amor lesbio es, pues, consecuencia casi siempre del libertinaje que casi irremisiblemente conduce á él, como puede comprobarse por hechos numerosos que lo testifican.

Es esta una verdad que está en la mente de todos y que nadie encontrará exagerada.

VI

Consecuencias funestas.—Enfermedades.—Consideraciones morales.—Conclusión.

¿Será necesario indicar las consecuencias funestas que trae consigo el hábito detestable del amor sáfico?

Funestas y terribles siempre son las consecuecias de todos los vicios y de todas las aberraciones y no había de ser esta excepción á la regla general.

Pero aunque á muchos les parezca inútil y ocioso hacerlo constar así, es sin embargo, necesario para destruir la excusa con que siempre los delincuentes tratan de disimular su falta á sus propios ojos.

Cierto que para algunos será inútil cuanto digamos; pero no para otros.

La práctica de esta aberración odiosa acarrea notables perjuicios al individuo y á la sociedad.

La lesbia vive sin afecciones en el mundo, sin más afecciones que las bastardas amistades que le proporcionan su misma falta.

Amistades que tiene que ocultar y disimular con cuidado si no quiere ser despreciada de todas las personas honradas.

No puede aspirar jamás al cariño de ningún hombre y por lo tanto ha de renunciar á los goces puros del matrimonio, al santo y respetable nombre de madre, la más dulce quizá y la más noble de las aspiraciones de la mujer.

No bablamos, naturalmente á esas desdichadas pervertidas y encanalladas en el vicio, nos dirigimos sólo á aquellas que por debilidad ó por ignorancia, han cedido alguna vez ó están en peligro de ceder.

Estas aún están á tiempo de arrepentirse.

Se equivocan las que piensan que es este un vicio que, basta ocultarlo para que deje de ser censurable; se equivocan las que creen que cuando un hombre las conduzca al tálamo abandonarán sin esfuerzo sus antiguas prácticas.

No, la que una vez ha sido iniciada en los misterios de las discípulas de Safo, tarde ó nunca los olvidan.

Y no es decir esto que tenga mayores atractivos que el amor natural; pero sabida es que el vicio atrae como el abismo.

Influyen además causas fisicas que muchas ignoran, pues sus órganos genitales sufren una deformación extraña y característica que las hace sino inaptas, insensibles al comercio con los hombres.

Su esposo las acusará, pues, de frialdad, ellas recibiran con violencia sus caricias y de aquí nacerán discordias y recriminaciones que harán imposible la paz conyugal

Este vicio hace estériles á las mujeres privándolas del consuelo de sus hijos y de los beneficios de la familia.

Eso si llegan á casarse, si su vergozosa pasión no llega á traslucirse y pueden esquivar el justo desprecio y el escarnio de los hombres.

La lesbia vive en contínua zozobra y agitación siempre temiendo ser sorprendida y descubierta, y recibiendo no pocas veces los más duros reproches de sus amigas que rechazan sus proposiciones con indignación.

No siempre encuentra mujeres de su gusto que se sometan á sus caprichos, y vive devorada por los deseos siempre crecientes, puesto que su sexo le permite besar é intimar con las mujeres. Trato é intimidad qus solo sirve para despertar sus apetitos

sin saciarlos, pues apenas se extralimita ó se atreve á proponer algo, es rechazada y despreciada.

Con el tiempo una y otra imprudencia descubren su pasión infame, y entonces todas huyen de su lado por no confundirse con ella y hacerse sospechosas de su misma falta.

En este estado, su existencia es un tormento contínuo, una humillación constante.

Estas infelices acaban en ninfomaniacas ó por entregarse con descaro á este género de libertinaje en el que llegan á la mayor abyección.

Y cuando mueren, no tienen un sér querido que vele á la cabecera de su cama y cierre sus ojos, y llore sobre su tumba.

En cuanto á los males que acarrea á la sociedad no es el mayor, y es muy grande, el ejemplo pernicioso que dan con su conducta: han consumido, además su existencia en un amor estéril: no ha dado ningún fruto ni ha servido para fomentar la familia y la moralidad.

Una madre de familia da hijos que pueden ser útiles á la patria, sirve de consuelo y estímulo á un esposo, que por ella y para ella busca nombre y fortuna, trabajando para sí y para sus semejantes, y llena un vacío en la sociedad con su augusta figura de matrona respetada y respetable!

La lesbia es un sér despreciable porque sus prácticas revelan incontinencia y libertinaje, porque perjudica á la sociedad y porque se perjudica á sí misma.

A esta clase de mujeres debiera marcárselas con un estigma de oprobio para que todos las reconocieran y se apartaran de su lado con asco ó se acercaran sólo para escupirles en el rostro.

Pero no, ¿qué más estigma que su pecado que en vano tratan de ocultar y que todos leén en su semblante?

Repetimos que no hablamos con esas despreciables criaturas que aún se jactan de su degradación, adoptando los trajes y las maneras de los hombres, esas no merecen ni siquiera el desprecio; escupirlas en el rostro sería darlas demasiado importancia, y las manchadas no serían ellas, sino la saliva que cayera sobre sus lascivas carnes.

Si fueran sólo las consideraciones morales las que aconsejaran huír del amor lesbio, aún mezquinas y depravadas; pero la que se entrega á esta práctica

maldita, debe conformarse con ver bien pronto alterada su salud.

Todas las relaciones antinaturales traen consigo los mismos ó parecidos resultados.

La naturaleza no puede ser engañada.

Las lesbias acaban casi siempre por morir devoradas por terrible tísis.

Sin tener para nada en cuenta los disgustos, los sobresaltos, los deseos comprimidos ni el furor de sus pasiones, basta á producir este resultado la misma práctica de su aberración.

No entraremos en detalles repugnantes; pero baste saber que el acto de consumar su vicio favorito requiere una agitación y cansancio que acaba por resentir el aparato respiratorio y determinan esa afección pulmonar que tantas víctimas ocasiona.

Dicho acto, más que ningún otro de los que tienen por objeto eludir las leyes de la naturaleza, lejos de satisfacer y saciar no hace más que avivar los apetitos, y estas desgraciadas caen rendidas pero no satisfechas.

Esto es causa de que el acto se repita hasta lo inverosímil, toda vez que el sexo á que pertenecen las lesbias, no necesita condiciones especiales para obrar de este modo, y bastan las excitaciones de la imaginación.

El abuso que de este vicio suele hacerse, condúcele bien pronto al marasmo más espantoso y á todas las funestas consecuencias de los excesos venéreos.

Digimos que el furor uterino ó la ninfomanía pueden conducir al amor sáfico, y debemos hacer constar ahora que, con más frecuencia, conduce el amor sáfico á la ninfomanía.

El frote brusco y contínuo y la excitación ó inflamación que determina, hace acudir á las ninfas un humor, una especie de quemazón que acaba por esta enfermedad espantosa.

Los labios adquieren una deformación, monstruosa algunas veces, y no es extraño ver aparecer ulceraciones en ellos.

Afecciones de la matríz, ménstruos difíciles, hemorragias, flujos prolapsos y hasta cánceres, son el triste cortejo que preside los misterios del sáfico amor.

Pero aún hay otro peligro no menos digno de tenerse en cuenta y no menos frecuente, este peligro es el contagio del venéreo y la sífilis.

No pocas desgraciadas se han visto atacadas de esta enfermedad, la mas espantosa de todas.

¡Qué vergüenza y qué confusión.

Como si no fuera bastante asqueroso y repugnante el acto en sí, la naturaleza lo ha rodeado de peligros que constituyen el castigo severo de la Providencia contra los que tratan de burlar sus sabios designios.

Y no ya tan sólo las afecciones locales; no ya tan

soló el contagio sifilítico, no ya deformación de los órganos sexuales, no ya las alteraciones de la salud general, si que además pueden comunicarse por este medio otras mil enfermedades contagiosas de que puede estar afectada una de las lesbias.

Este solo temor debiera ser suficiente para apartar á esas desdichadas de su funesta aberración.

Después de cuanto llevamos dicho, parece que huelgan las consideraciones morales que de ello se desprenden.

Claro que cada lesbia es un foco infeccioso de inmoralidad.

Su conducta es causa de escándalo y su ejemplo puede ser y es en muchos casos, contagioso.

Su amistad prostituye á sus amigas y el vicio se extiende rápidamente.

Y no sólo sus prácticas mismas hallan eco, sino

que instigadas por ellas y enardecidas, las jovenes que no ceden á sus caprichos infames, están en peligro de buscar de otro modo ó por otros medios la manera de apagar el fuego de la concupiscencia que ha sido encendido ó avivado.

Sus bastardas confidencias arrastran muchas veces á la masturbación y al libertinaje, hace perder el pudor y la inocencia á jóvenes honestas, y es, como digimos antes, un foco de infección.

De interés moral son también gran parte de las consideraciones que antes dejamos apuntadas, como la paz y tranquilidad del matrimonio, el escándalo de su conducta y las enfermedades contagiosas á que están de contínuo expuestas.

Asquerosa es la pederastia, infame y criminal; pero el amor lesbio no lo es menos, sino por las circunstancias que concurren en su consumación, por recaer, al menos, en el sexo bello.

Es triste espectáculo, en efecto, ver á la mujer, el sér más amable é ideal de la creación, á quien el hombre se complace en comparar á los ángeles, en quien parece natural que aniden todas las virtudes y todas las perfecciones morales, entregada á esas obscenas prácticas, mucho más degradantes que la prostitución misma.

Efectivamente, la prostituta puede presentar como excusa de su estado, sino legítima, comprensible al menos, ora la inclinación natural de los sexos, la

menos perdonable, ora la miseria, ora un cúmulo de circunstancias que si no la absuelven atenúan su pecado.

Pero la lesbia, ¿qué abonará en su favor?

El más sucio y desenfrenado libertinaje.

La prostituta camina por el mundo desenmascarada y las gentes honradas huyen de su lado y se ponen á salvo de su perniciosa influencia; pero la lesbia, oculta tras un nombre respetado, tras la consideración del título de hija de familia ó esposa honrada, penetra en todas partes traidoramente y sin que nadie sospeche de ella, y vá dejando esparcido aquí y allí el virus venenoso de sus doctrinas.

Este vicio, al igual de la pederastia, de que hablamos en otro tomo y á la cual, lo comparamos porque es su hermana gemela, es ocasión no pocas veces de atropellos y hasta de crímenes.

Varios serían los que podríamos citar si nos lo permitiera el espacio de que disponemos y, si no nos contuviera el respeto al sexo á que esas desgraciadas criaturas pertenecen.

Pero no creemos necesario insistir sobre este punto, cuya trascendencia é importancia está en la conciencia de toda persona honrada.

Basta lo dicho, aunque en términos generales, para probar que el amor sáfico es un peligro social, un enemigo de la moralidad y del propio individuo que tal aberración profesa.

Creemos haber demostrado que el amor lesbio ha existido siempre; pero en las épocas de mayor depravación.

Nació al calor de una teogonia inmunda representante de todos los vicios sexuales, se extendió por Grecia y Roma amparada por esa misma teogonia, y reapareció más tarde en las naciones modernas, en las épocas de trancisión y trastornos, cuando la verdadera moral fué discutida, cuando el esceptisismo religioso fué el título de gloria de las sociedades.

Repetimos, pues, lo que hemos dicho otras veces, y lo repetimos á pesar de las protestas de algunos, la religión es la única que puede poner coto al desbordamiento de las costumbres impúdicas.

Y al hablar de religión, entiéndase que hablamos de la religión bien entendida, no de la religión acomodaticia que sirve de capa al vicio y al escándalo.

Que haya habido epocas aciagas en que los sacer-

dotes de la fe hayan abusado de su ministerio sagrado, que á espaldas y á nombre de esa religión se hayan cometido muchos crímenes y muchas infamias, no quiere decir que la religión sea mala; como no quiere decir que el amor de madre sea una farsa, porque hayan habido en el mundo algunas madres desnaturalizadas.

Ello es que no hay ley humana que alcance á castigar ni prevenir cierta clase de pecados íntimos y que solo la religión puede servirles de freno saludable, porque solo ella alcanza al sagrado de la conciencia.

La moral del bien por el bien mismo, es una teoría hermosa y grande, pero que no puede tener eco más que en aquellos en que ya se encuentran predispuestos á ella, en aquellos que no la necesitan porque tienen un natural bueno; pero los perversos no la comprenden ni les conviene comprenderla y no es fácil catequizar á los malos con un dogma que atenta contra sus gustos y sus intereses.

Decimos todo esto, y á aún á costa de sufrir el escarnio de un siglo eseéptico y burlón, porque creemos que es el único medio de detener los progresos del vicio, que amenaza invadirlo todo y todo aniquilarlo.

En cuanto á las desgraciadas á quienes no se puede hablar en nombre de Dios, les hablaremos en nombre de sus intereses materiales.

En nombre del aprecio social, an nombre de su propia dignidad y en nombre, por último, de su salud y de su vida que ponen en contínuo peligro con la infame, asquerosa y degradante practica que constituye el amor lesbio.

APÉNDICE

APÉNDICE

Hemos hablado muchas veces, durante el curso de esta obra de la terrible enfermedad conocida con el nombre de ninfomanía y nos creemos obligados, para que se comprendan mejor sus estragos, á dar una extensa definición de ella.

Se han dado los nombres de ninfomanía, furor uterino, hysteromanía, érotomania, etc., etc., á una enfermedad que padece á veces el bello sexo y que consiste en el deseo excesivo y desenfrenado de los placeres del amor.

Los médicos de la antigüedad no hablaron de ella hasta Soranus, griego, y después de él Aetius; aunque parece que la conoció también Aristóteles. Se citan como ejemplos de la ninfomanía á muchas mujeres célebres de la antigüedad, que por lo menos se han hecho memorables por el desenfrenado abuso que hicieron del culto á Venus; entre ellas figuran Eusebia, esposa del emperador Claudio, Agripina, madre de Nerón y la hermosa Cleopatra.

Los autores que han escrito de esta neurosis no están acordes con respecto á su sitio: unos lo creen en los órganos genitales, como Soranus, Aetius, Moschión, Pennerto, etc., y otros como Willis, Sydenham, Dugés, etc., lo han fijado en el encéfalo. Algunos autores modernos piensan que es efecto de la irritación simultánea del cerebro y de los órganos sexuales, y que unas veces se desarrolla bajo la influencia de causas que afectan al cerebro é irritan secundariamente los genitales, en tanto que en otras resulta de la irritación primitiva en estos órganos, que obran simpáticamente en el cerebro, y particularmente en el cerebelo.

Deben considerarse tres períodos en esta enfermedad.

Primero.—La mujer se vé atormentada por apetitos venéreos, que son más intensos durante la menstruación. Si ha sido bien educada, el pudor le impide, por algún tiempo, de seguir el impulso de sus desenfrenados deseos, y procura ocultar cuidadosamente las ideas obscenas de que se halla poseída: su imaginación se exalta, se vuelve triste, taciturna y melancólica, á causa del combate interior que sostiene, busca la soledad, apartándose aún de sus compañeras, rehusa la menor ocupación, porque se le hace sensible el distraerse un sólo momento de las ideas de que se halla poseída su imaginación, pierde el sueño y el apetito, y si llega á ceder la inclinación brutal que la transporta, en los intérvalos en que recobra su predominio la razón no tarda en reprenderse y arrepentirse por haber obedecido á aquella inclinación vergonzosa.

Segundo.—La enferma se entrega sin el menor recelo á todos sus apetitos sin experimentar aquella agitación interior que antes le ocasionaba el pudor, y nada le parece tan natural y lícito como el satistisfacer sus deseos; lejos de procuear ocultarlos pone el mayor conato en hacer recaer la conversación en objetos voluptuosos, y cuando esto no sucede no toma en ella la menor parte; si se presenta algún hombre, el pulso se le agita, su pecho se mueve tumultuosamente, la voz se le vuelve entrecortada, se

le escapan profundos suspiros, á la expresión ó cumplimiento más sencillo contesta con prontitud, viveza y términos que pueden hacer conocer su pasión; dirije á los hombres miradas lascivas y tiernas, valiéndose de acciones y posturas voluptuosas para incitar al objeto de su pasión á satisfacer su lubricidad.

Perdido después todo el pudor se tira en los brazos de los hombres para seducirlos, valiéndose de los medios más obscenos, y si no consigue satisfacer sus deseos, ni atender á sus consejos, se irrita, los amenaza, dirigiéndoles las palabras más injuriosas.

En este estado se abandona la mujer al abuso de los placeres, creyendo satisfacerse, pero aumentan estos la irritación de sus genitales, de los cuales fluye muchas veces un humor sanioso y purulento que acelera su muerte por la falta ó pérdida de fuerzas. A veces hay un dolor fijo en la región del útero.

Tercero.—La conmoción profunda que se había manifestado en el segundo, degenera ya en una completa alienación mental.

La sociedad, la presencia de los sugetos más respetables, como sus padres, no impide á la mujer de recurrir á las ocasiones más indecentes para excitar á satisfacer su deseo inmoderado, valiéndose aun

algunas veces de la violencia arañando y golpeando á los hombres que la resisten; en su delirio se imagina á veces ver á un hombre, y lo llama é incita como si estuviera presente; y á los excesos de este furor sucede una alegría inmoderada, que manifiesta con grandes carcajadas.

El predominio de los genitales ó temperamento uterino, cuando está muy desarrollado puede considerarse como causa predisponente de esta enfermedad, que sin embargo muy rara vez se desarrolla y toma incremento sin que concurran causas morales.

Es más frecuente en los climas cálidos en las jóvenes cuando llegan á la pubertad y están en la menstruación, en las que están poseídas de un amor violento contrariado, en las viudas jóvenes muy aficionadas á Venus, cuyos placeres les ha arrebatado la temprana muerte de un marido joven y robusto; en las rameras privadas por una reclusión repentina de los deleites á que se entregaban con exceso, y en las mujeres de temperamento erótico casadas con hombres que por su debilidad ó por otra causa no pueden satisfacerla.

Si bien es verdad que una continencia severa puede producir la ninfomanía, son sus causas más frecuentes el abuso de los placeres solitarios, una educación descuidada, las lecturas lascivas, pinturas obscenas y espectáculos voluptuosos y en una palabra todo lo que puede exaltar la imaginación, la que

sin embargo puede también por sí sola, sin la influencia de dichas causas, dar orígen en ciertas mujeres á la enfermedad de que tratamos. La retropulsión del herpes y las demás causas que pueden ocasionar el prurito en los genitales causan á veces la ninfomanía, que puede también producir y aumentar el abuso de los perfumes, los alimentos demasiado suculentos, los licores espirituosos, el café, las que parecen obrar especialmente en el sistema uterino, como las cantáridas, que administradas en lavativas, en polvo ó tintura, han ocasionado ninfomanías feroces.

Para venir en conocimiento de esta enfermedad, precisa tener presentes sus síntomas y causas, observando constantemente á la enferma.

En sus principios es difícil conocerla por el cuidado que tiene la mujer en ocultarla, pero como en este estado puede conseguirse su curación con menos dificultad, á los primeros síntomas que se observan debemos informarnos acerca de las causas que han podido ocurrir y siempre se hará que se la vigile constantemente de día y noche, con el fin de asegurarse de si ha contraído algún hábito funesto.

No debe confundirse con la ninfomanía el prurito de los genitales que hemos enumerado entre sus causas; pues en él faltan los deseos genésicos inmoderados.

Tampoco debe confundirse con el primer grado

de ella el amor violento que experimentan algunas jóvenes de temperamento melancólico, que se le parece algún tanto por el desarreglo de los facultades mentales que produce, pero que no va acompañado de los síntomas físicos que produce por el predominio del aparato uterino.

Las complicaciones más frecuentes de la ninfomanía son la melancolía, la propensión al suicidio, el histerismo, y como en este, las lesiones orgánicas.

La curación preventiva de la ninfomanía consiste en evitar sus causas, en lo que debe estribar también su principal tratamiento cuando existe ya. El prurito de los genitales se combatirá, según cual sea su causa. Cuando un amor contraido ocasiona ó promueve la melancolía de que hemos hablado, el himeneo de la enferma con el objeto amado es el mejor remedio; y cuando no se puede efectuar se ha de procurar la distracción con los viajes, diversiones y principalmente inclinando á la mujer á que contraiga un nuevo amor, todo con el fin de que olvide el objeto que es causa de su mal: sin embargo, esto suele ser siempre muy difícil.

Es injusta la ignominia con que se castiga á veces á las infelices ninfomaníacas, pues que se ha visto declararse esta enfermedad casi instantáneamente en jóvenes doncellas que, concentrando el fuego que las consumía habían conservado por mu-

cho tiempo su castidad resistiéndose al impulso interior de la naturaleza, que muchas veces no sufre impunemente el que se la contradiga. Por eso resulta que muchas veces los placeres moderados del himeneo son el recurso más poderoso y asegurado contra la invasión de la ninfomanía; sin embargo cuando ya se ha manifestado la enfermedad hay casos en que serían dañosos, aumentando el estímulo de los genitales, y otros en que sería insuficiente si se empleasen solos. Con respecto á las titilaciones con que algunas mujeres procuran empíricamente las evacuaciones de la vagina, que á veces han terminado felizmente esta enfermedad, deben considerarse como un medio peligroso.

En los principios de la enfermedad debe echarse mano de los medios higiénicos y morales, como las distracciones, una ocupación contínua, que desvanezca las ideas de la enferma, la remoción de todo cuanto pueda enardecerla, la vigilancia contínua con el objeto de impedir la perturbación, el uso de los alimentos vejetales mucilaginosos, las bebidas demulcentes y atemperantes fríos, y aún en algunos casos helados, el hacer que duerman encima de la paja ó en colchones de crin, etc.

Cuando los genitales están inflamados ó ulcerados, ó cuando, á pesar de no encontrarse desorden ninguno aparente en ellos, está exaltada su sensibilidad, como sucede á veces, de modo que al menor

contacto ó frote con los vestidos se excita su estado general de expasmo y un dolor insoportable, debe procurarse ante todo su curación con los medios propios, según las circunstancias, como los fomentos, lociones é inyecciones emolientes ó calmantes.

No nos detendremos sobre este punto más propio de un tratado de patología que de este lugar.

Cuando esta enfermedad ha llegado á su último grado no exije otro tratamiento que el de la manía en general.

Algunos autores han aconsejado la amputación del clítoris como propia para oponerse al desarrollo de la enfermedad de que tratamos; operación que pudiera ejecutarse sin el menor recelo, si estuviese bien probado su resultado favorable para dicha curación.

Sabidos los síntomas de la ninfomanía y los funestos estragos que ocasiona, lo mejor es, apenas se sospeche su existencia, consultar con un médico estudioso y de reputación para que ataje el mal en sus propias raíces.

FIN